

da te dejes pasar en este tiempo. Estas menudencias espirituales fomentan la devoción, y contribuyen maravillosamente para hacer santos.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

SAN FELIPE NERI, en Roma, fundador de la congregación del Oratorio, insigne en castidad, en espíritu de profecía y en milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ELEUTERIO, papa y mártir, también en Roma, el cual convirtió a la fe de Jesucristo muchos nobles romanos, y envió a Inglaterra a los santos Damiano y Fugacio, quienes bautizaron al rey Lucio, a su mujer, y a casi todo el pueblo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMITRIO, presbítero, y **OTROS VEINTE Y DOS**, igualmente en Roma, los cuales fueron martirizados en tiempo de Antonino Pio.

SAN QUADRATO, en Atenas, discípulo de los Apóstoles, el cual en la persecución de Adriano, por su fe e industria volvió a congregarse a los cristianos, que aterrados habían huido, y presentó al mismo emperador una apología de la religión cristiana muy digna de la doctrina apostólica.

SAN ZACARIAS, obispo y mártir, en Viena, en el Delfinado, el cual en tiempo de Trajano consumó el martirio.

SAN QUADRATO, mártir, en Africa, en cuya festividad predicó San Agustín.

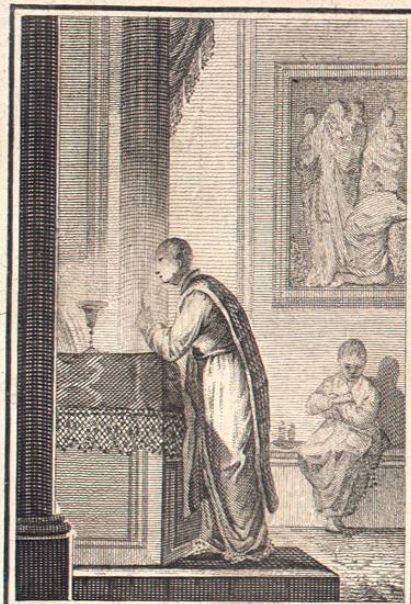
EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FELICISIMO, HERACLIO Y PAULINO, en Todi.

EL MARTIRIO DE SAN PRISCO, en territorio de Auxerre, el cual fue martirizado en compañía de muchísimos cristianos.

SAN AGUSTIN, obispo de Cantorbery en Inglaterra, el cual enviado allá con otros por el papa S. Gregorio, predicó el Evangelio a los ingleses, y después de haber desempeñado su apostólico ministerio, murió allí mismo en el Señor esclarecido en virtudes y milagros. (Era prior del monasterio de S. Andrés de benedictinos en Roma cuando fue a predicar la fe evangélica en 596 a los ingleses y sajones que se habían establecido en la Gran Bretaña, cuyo país mira a este santo como a su apóstol. Al año siguiente convirtió a Etelberto, rey de Kent, quien le cedió una iglesia en Cantorbery.)

SAN FELIPE NERI, CONFESOR.

SAN Felipe Neri, fundador de la congregación del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía, y por el de milagros, nació en Florencia el día 22 de julio del año 1515. Fue su padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia



S. FELIPE NERI C.

de Soldi, ambos mas recomendables por su virtud que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen efecto de su educación. Su natural inclinacion y las buenas disposiciones, tanto de corazon, como de entendimiento, con que habia nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los santos que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aun muy jóven; pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sólida virtud, hicieron que encontrase otra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si fuera su hijo; y por su modestia, por su apacible natural y por su genio officioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el bueno*. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de la virtud de aquel ejemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad esperimentó una prueba de la especial proteccion del cielo, habiendo caido desde lo mas alto de una panera sin haber recibido daño alguno. Crecian con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con inclinacion la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba, cuando por razones de familia le envió su padre á la villa de S. German, situada al pié del monte Casino, para que viviese en compañía de un tío suyo, hombre poderoso y sin sucesion, que le tenia destinado para su heredero. Hizole muy poca fuerza esta herencia. Estuvo dos años en compañía de Rómulo (así se llamaba el tío) edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos ejemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y quanto mas iba conociendo al mundo, mas suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tío que le diese licencia para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le costaba gran dolor desviar de sí á un sobrino tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrupulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistia á una vocacion tan declarada.

Apenas llegó Felipe á Roma cuando luego se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos dias tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fué tenido en Roma por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. Resplandecía la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Hacíase respetar hasta de los mas disolutos su modestia y su virginal pudor; con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusion de los

mismos que le pretendian derribar. Por largo tiempo permitió Dios que en este punto padeciese su virtud muchos combates, sin duda para darle ocasion á que se le repitiesen los triunfos. Fingíanse enfermas muchas mujeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretesto de convertirse; siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxilio del cielo salió mas pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir mas cuidadoso, mas humilde, mas recogido y mas mortificado.

Era su vida muy austera y penitente. Comia una sola vez al dia, reduciéndose la comida á pan y agua. Si tal vez añadia algunas yerbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertía en verdadera penitencia. Su oracion era continua, interrumpiéndose con solo un brevísimo sueño. Despues de haber visitado todos los dias las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus ejercicios espirituales en las catacumbas de los santos mártires. Aquí fué donde comenzó su corazon á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada dia mas y mas en union íntima con Dios, á los veinte y tres años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo, resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificacion y en la salvacion de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no fuesen bastantes para su zelo, no habia dia que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en el cambio, y hasta en las hosterías y tabernas, para ganar á todos con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Bendijo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se palpó una visible mudanza en todos los parajes que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pendencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiracion una general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronse algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes; extendiase á todos los estados. Estaba en continuo movimiento, solicitando limosnas para los hospitales, para las cárceles, y para las comunidades religiosas mas necesitadas.

Hácia el año de 1550, á solitacion de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradia de la San-

tísima Trinidad en la iglesia de S. Salvador del Campo, para socorrer á los pobres extranjeros, á los peregrinos, y á los convalecientes que no tenian donde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogia siempre para sí las funciones mas penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producía en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que seria de mucha mayor utilidad su ministerio si recibía los sagrados órdenes. Propúsosele, y se sobresaltó su humildad; pero al fin fué preciso obedecer. Y para no darle tiempo á representar nuevas dificultades, solicitó se le dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenia Felipe á la sazón treinta y seis años, y jamás habia pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposicion. Las estraordinarias gracias con que el cielo le regaló en su primera misa, fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que habia de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada dia, y siempre con nuevo fervor; desde la consagracion hasta que consumía parecia un hombre estático, con el semblante arrojando fuego. Permanecía inmóvil y sin sentido horas enteras, dando testimonio las dulces lágrimas que derramaba del incendio del divino amor en que su alma se abrasaba; y no podia arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado á celebrar el santo sacrificio en una capilla interior, así por sus achaques, como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devocion, tenia prevenido al ayudante que un poco antes de la comunión le dejase solo, y volviese una ó dos horas despues para acabar la misa. Se puede discurrir cuales serian las íntimas comunicaciones que entonces tendria con su Dios, y de qué delicias espirituales seria inundada aquella purísima alma; á lo menos se pueden conjeturar por lo que despues sucedió.

Acabando un dia de decir misa, y sintiéndose inflamado de un estraordinario deseo de amar mas y mas á Dios, se lo pedía con fervorosisimas instancias al Espíritu Santo, como principio y origen del divino amor, cuando sintió de repente, que no cediéndole el corazon en el pecho, rompió con estruendo dos costillas que se separaron hácia los dos lados para hacerle mas lugar, y para darle mayor dilatacion. Vivió cincuenta años despues de este insigne favor, y despues de su muerte toda Roma fué testigo de tan singular prodigio.

La ternura que profesaba á la Santísima Virgen era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares habia de entrar el dulcísimo nombre de María. Honrad á María, amad á María, hijos míos, decia continuamente á los padres de su congregación. Ella es la dispensadora de todas las gracias, y ningún favor recibimos del cielo que no venga por sus manos. Fuera del rosario que rezó indispensablemente todos los días de su vida, una de las devociones que aconsejaba á todos era que repitiesen sesenta y tres veces al día esta jaculatoria: *Virgo Maria, Mater Dei, deprecare Jesum pro me: O Virgo, et mater.* Virgen María, Madre de Dios, ruega por mí á Jesus, ¡ó Virgen y Madre! Todas las conversiones, y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, las atribuía á la Santísima Virgen de quien recibia cada día singulares favores. Hallándose en una ocasión enfermo de gravísimo peligro, y en términos de espirar, se le apareció la Santísima Virgen. A su vista recobró las fuerzas, incorporóse con ligereza en la cama, levantó las manos al cielo, y clavando los ojos en el objeto que él solo veía, exclamó con asombro de los circunstantes: *Ea, que aquí está mi buena Madre.* Desde aquel punto quedó enteramente sano, y pudiendo más su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curación la debía á la vista de la Virgen.

Mientras tanto, aunque era muy abundante la mies en la confradía de la Trinidad, no era campo suficiente para la dilatación de su zelo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregación de los clérigos de S. Jerónimo llamada *de la Caridad*, donde le destinaron al ministerio de oír confesiones. Mirábale Felipe con un santo horror, y no se atrevió á ejercitarle hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con legítima vocación.

No se pueden explicar los bienes que hizo en este sagrado ejercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe, y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabrita suya penetraba el alma. No habia pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no habia hombre disoluto, no habia mujer perdida, que á sus pies no se deshiciese en lágrimas. No habia resistencia á una exhortación de Felipe; una sola palabra suya

ablandaba y derretia el corazón más helado. Llenábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolía el trabajo. Después de haber pasado en oración una grande parte de la noche, decia misa al romper el día, daba gracias, y se metía en el confesonario, donde no pocas veces perseveraba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvación de las almas.

No podían menos de alborotar al infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el Santo; suscitósele enemigos aun entre sus mismos hermanos; armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su zelo; valiéronse de la gente más perdida, más disoluta y más obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia. Fué acusado ante el vicario de Roma de que enseñaba novedades, y de que guiaba á sus penitentes por caminos estraviados, y hasta entonces no conocidos. Fué citado, fué amonestado, y fué observado, poniéndosele espías. Pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, se le confirmó en todos los ejercicios de sus apostólicos ministerios.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japon por medio de los padres de la Compañía, tuvo pensamiento de atravesar los mares, y juntarse á tantos zelosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraría su zelo un buen equivalente de todas las Indias, y de todo el nuevo mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia, y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregación de la caridad. Por este motivo pidió á la misma congregación un sitio bastante espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y no sirviéndola á ella para nada, podía ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronsele, y luego dispuso que sus discípulos en diferentes horas del día tuviesen en él instrucciones públicas y conferencias espirituales, siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros también que empleó en este ministerio, Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que después fué cardenal, Bordini, que fué arzobispo de Aviñon, y Alejandro Fedeli. El suceso fué tan feliz, y el fruto tan notorio, que concurría en tropas el pueblo y nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde, y á vista de tan numeroso concurso se determinó Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oración. Echó Dios su bendición á este piadoso pensamiento, de tal ma-

nera, que en Roma ya no se hablaba de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada dia mas abundante la miés; y teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dió principio á aquella santa congregacion, que ha casi dos siglos está edificando con tanta gloria y con tanto esplendor á toda la santa Iglesia.

Tal fué el nacimiento de la ilustre congregacion de los padres del oratorio de S. Felipe Neri en Roma, tan célebre por los grandes hombres que ha producido y está produciendo cada dia; por la prudencia y discrecion de sus constituciones; por la vida sobresaliente de sus ejemplares individuos; y tan útil á la Iglesia de Dios por los continuos frutos de su zelo, siendo sin duda una de las mas provechosas fundaciones que se han hecho hasta ahora en los términos de Italia. Pero hablando en rigor hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la iglesia que pertenecía á la nacion florentina, no dió forma regular á su congregacion. Entonces dispuso las constituciones que fueron aprobadas por la Silla apostólica, y confirmó despues la santidad de Gregorio XIII por un breve que espidió en 15 de julio de 1575; y bien informado este gran pontificó de los imponderables bienes que traia al orbe cristiano la nueva congregacion, aplicó á ella, cediéndosela liberalmente, la nueva iglesia de Valliceli. En muy breve tiempo se hicieron despues otras muchas fundaciones, estendiéndose la congregacion por todo el estado eclesiástico; de donde se propagó al reino de Nápoles, á la Toscana, al Milanés, y con el tiempo se dilató á España y á Portugal; siendo Felipe su primer general, á pesar de su estrema repugnancia, por unánime consentimiento de todos los electores.

No podian faltar contradicciones á una congregacion tan santa y tan provechosa. Desatóse el infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las mas groseras calumnias; pero la eminente virtud de nuestro Santo fácilmente disipó todos los artificios del espíritu maligno. Cada dia era mas admirada su heroica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecias y milagros. Llamó un dia á Baronio á la una de la tarde, y le dijo: *Tomad el trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio la importunidad de la hora, y que seria inquietar á los enfermos que estarían descansando. *Id sin dilacion,* replicó el Santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego reparó en un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiracion, que no se habia confesado. Confe-

sóle muy despacio, y habiéndole administrado los demás sacramentos, espiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad con S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañia de Jesus; y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábanse los dos Santos reciprocamente, y despues de muerto S. Ignacio nunca emprendia Felipe cosa considerable sin ir á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas, en virtud de sus muchos años y trabajos, en atencion á su avanzada edad y á sus continuos achaques, consiguió licencia del papa Gregorio XIV, para decir misa en su aposento, porque dejarla un solo dia seria abreviarle los de la vida. Celebróla el dia 26 de mayo con su acostumbrado fervor y devocion. Concluida, solo pensó en disponerse para ir á gozar de Dios, noticioso sin duda de la hora de su muerte; y entregado enteramente á los mas tiernos y mas fervorosos actos del divino amor, espiró á los ochenta y dos de su edad el de 1595.

Estuvo el santo cuerpo espuesto públicamente á la veneracion de la ciudad por espacio de tres dias, al cabo de los cuales, encerrado en una caja de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años despues fué trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se habia erigido en su honor, habiéndose hallado incorrupto y entero, sin embargo de no haber sido embalsamado; y fueron tantos los milagros que por su intercesion obró el Señor en su gloriosa sepultura, que desde luego se comenzó á trabajar en los procesos de su canonizacion, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV, el dia 12 de marzo de 1622.

SAN ELEUTERIO, PAPA Y MÁRTIR.

SAN Eleuterio, natural de Nicópolis, ciudad de Grecia, diácono y discípulo del santo pontífice Aniceto, sucedió á S. Sotero en el pontificado, el año de 176. Tuvo en su tiempo alguna paz y tranquilidad la Iglesia; la cual con el escuadron invencible de sus valerosos guerreros y gloriosos mártires habia conquistado y rendido los corazones de muchos gentiles, y la vida ejemplar y doctrina celestial de los santos pontífices, acompañada con los milagros que Dios obraba en todas partes en testimonio de la verdad de la Religion cristiana, habia tenido mas fuerzas para plantarla y estenderla por el mundo, que la rabia y furor de los tiranos para derribarla y oprimirla. Con esta quietud se iba multiplicando la Iglesia del Señor maravillosamente;